

DOLORES IBARRURI LLORA LÁGRIMAS AMARGAS

Era un niño alegre, realmente alegre, se reía siempre, tan alegre, y tenía a la vez sentido del humor, por ejemplo mi hermana Elsa tenía la manía de los chistes, sabía cientos y cientos, y él cuando la veía corría hacia ella y le gritaba: ¡Tía Elsa, un chiste! ¡Tía Elsa, un chiste! Y se reía, pero cómo se divertía, como un adulto. Aquella alegría quizá le venía precisamente de Elsa, que era tan vital, incluso demasiado, tal vez de cascos un poco ligeros, de todas formas ella al menos ha sabido disfrutar de la vida, en fin, a su manera. También cariñoso. Y siguió siéndolo de mayor. Alegre tal vez no, pero siempre tan cariñoso. Ni una sola vez se olvidó de mi cumpleaños, incluso cuando estaba lejos, siempre algo, una rosa con la Interflora, un telegrama, ¿quiere ver sus telegramas? los guardo en esta cajita de cacao Droste, mire, del setenta hasta hoy son ocho telegramas, este por ejemplo es de hace cuatro años, escuche, dice: Piensa en ti con gratitud por la vida que le has dado, sí, está firmado Piticche, nosotros le llamábamos así, en los periódicos nunca ha salido, no lo sabe nadie, era una cosa que quedaba en familia, para nosotros era algo cariñoso, le agradecería que no lo mencionase, luego en los periódicos sale entre comillas, después de su verdadero nombre: llamado «el Piticche», es atroz, ¿no le parece? ¿Cómo va a entender la gente que es un nombre cariñoso? Tampoco usted lo entiende, a lo mejor puedo explicarle el origen del nombre, el significado, pero lo que quiere decir para nosotros no puede entenderlo nadie, en los nombres está el tiempo que se ha pasado juntos, las personas que se nos han muerto, cosas hechas en común, lugares, otros nombres, nuestra vida. Piticche quiere decir pequeñín. Él era muy pequeñín, de pequeño. Era rubito, mire esta fotografía, tiene cuatro años, esa no, ahí tiene ocho años, esta de aquí, acurrucado junto a Pinocho, ¿no ve que Pinocho es más alto que él?

En nuestra casa había un limonero, había crecido pegado a la fachada, orientado al mediodía, sus ramas llegaban hasta la ventana del piso de arriba. Él se pasó la infancia jugando con un Pinocho, ése de la fotografía. «A correr, a saltar, que Pinocho va a pasar...», puedo aún oír su voz que repite la cantinela, en el patio. En aquella época Rodolfo ya estaba enfermo, yo pasaba mucho tiempo en la habitación atendiéndole, desde la ventana me llegaba su vocecita, siempre estaba trajinando con su Pinocho, era su única compañía, por lo general le hacía morir ahorcado del limonero, como en el libro hacen el gato y la zorra disfrazados de bandidos, y luego le hacía un pequeño túmulo de tierra con una cruz de cañas, pero naturalmente a Pinocho lo escondía en otro sitio. Entonces llegaba el hada de cabellos turquesa que iba a llorar sobre la tumba de Pinocho, es decir, sobre el alcorque del limonero, el hada era yo, y él

se quedaba observándome con malicia, porque lo habíamos convenido entre los dos, yo me arrodillaba ante el limonero y lloraba: «Pinochito, pobre Pinochito mío, nunca más volveré a verte, ¡hi, hi hi!» Y entonces oía un hilo de voz, porque figuraba que venía de debajo de la tierra, que decía: «Hermanita de mi vida, no te desesperes, si le quieres tu Pinocho está vivo».

El nombre se lo puso la señora Yvette: Piti, pero él era quien se llamaba a sí mismo Piticche, señalándose el pecho. Era el cuarenta y nueve. A la señora Yvette y al señor Gustave los había traído Elsa, los había encontrado en la estación de Livorno hacía algunos años, no sabían dónde ir, llevaban cuatro sartenes y un gato siamés que murió al cabo de un mes, se llamaban Mayer, él era apicultor en las Ardennes, huían al sur sin una meta precisa, para huir, de lo contrario los habrían deportado, Elsa les dijo que podían venir a nuestra casa, un plato de sopa no les faltaría, dijeron que se marcharían cuando hubiese pasado el frente, luego se quedaron cuatro años, eran personas de gran delicadeza, nos hicimos como parientes, la señora Yvette se murió el año pasado, tienen un hijo dentista en Marsella, luego ella se quedó embarazada al regresar a Francia, ¿divago? ya sé que divago, déjeme divagar, en seguida vuelvo a lo que iba, cómo no íbamos a quererles, ¿tiene usted hijos? ¿siente amor por sus hijos? ya lo sé, hay formas y formas. Mire, estuvimos diez años sin tenerlo, hicimos de todo, yo tenía un fibroma, no es que me molestase, pero si quería un hijo tenía que operarme, era el treinta y nueve, entonces no había penicilina, cogí una septicemia, para salvarme me dieron inyecciones de petróleo en un muslo, así la infección se localiza allí, sale un absceso y el cirujano lo extirpa, tengo las piernas llenas de cicatrices. Nació en el cuarenta y seis, no era un buen momento para nacer, nacieron tantos en el cuarenta y seis, los soldados volvían a casa, los que no habían muerto. No, Rodolfo no cogió su enfermedad durante la guerra, volvió sano, sólo un poco más delgado, se enfermó la primera vez en el cincuenta y uno, quién sabe por qué, si uno supiese por qué se enferma no se enfermaría, pero duró mucho tiempo, hasta el sesenta y uno, diez años, mejor dicho un poco más, murió en diciembre, discúlpeme si lloreo, no quería llorar, pero las lágrimas corren solas por mis mejillas, ¿hago bien en llorar? tiene razón, hago bien en llorar. La película que más me ha gustado se llama Vacaciones en Roma, de las pocas que he visto, pero de ésta me acuerdo como si fuese ayer, con Gregory Peck, de la actriz no me acuerdo, era muy fina. Ya sé que no le interesa, pero tiene algo que ver, era sólo para decirle que Rodolfo nos había prometido hacer un viaje a Roma a los tres juntos, parecía que estuviese mejor, hacía varios años que parecía curado, habíamos hecho tantos proyectos durante tanto tiempo, Rodolfo incluso había comprado un mapa de carreteras para estudiar el itinerario turístico que debíamos seguir en dos días, no se lo voy a repetir ahora pero podría

hacerlo, lo recuerdo perfectamente, luego de repente Rodolfo tuvo que entrar en diálisis, dinero para ir a Roma no teníamos, así que fuimos a ver Vacaciones en Roma, llevamos también al niño, aunque para un niño de once años tal vez fuese una película aburrida, de todas formas se veían muchos monumentos de Roma, hay una escena muy divertida cuando él y ella van a visitar unos monumentos, y en un momento dado él mete la mano en la boca de un mascarón de piedra que está en el atrio de una iglesia y que la leyenda dice que si uno dice una mentira la boca le muerde la mano, se vuelve hacia ella, ah, eso es, era Audrey Hepburn, y me parece que le dice «te amo», y en ese momento da un grito y retira el brazo sin la mano porque la ha escondido en la manga de la chaqueta, y los dos se ríen y se abrazan.

Siempre hemos estado a su lado, cariño nunca le ha faltado, si era eso lo que pensaba. Hemos sido una familia muy unida y él nunca nos dio preocupaciones, con Rodolfo en aquellas condiciones, si acaso consuelo, era tan inteligente, en la escuela particularmente dotado, siempre fue un alumno excepcional, diplomas, medallas, premios, yo no quería que hiciera bachillerato, no me parecía adecuado a nuestra condición, luego con el título de bachiller ¿qué haces? en cambio con un diploma de administrativo o de aparejador siempre se puede encontrar un puesto, pero fue su profesor quien me lo impidió, dijo que era un crimen, exactamente eso, un niño de excepcional inteligencia, con nueve en italiano y latín, mandarle a una escuela profesional era un crimen. Por lo demás para sus estudios nunca me hizo gastar nada, ni siquiera más tarde, siempre se mantuvo solo, con su espléndida inteligencia: es un pequeño poeta, me dijo su profesor. Esto le venía de Rodolfo. ¿Dice si también sus ideas políticas? Pero no digamos tonterías. Cuando murió Rodolfo, él no tenía ni quince años, qué ideas se pueden tener a esa edad. Claro que Rodolfo tenía sus ideas políticas, eran de sobra conocidas, me siento orgullosa, sí, había hecho la Resistencia, claro, también la guerra de España con las brigadas internacionales, había participado en la batalla del Ebro, conocía a los personajes importantes del momento, Longo, El Campesino, la Pasionaria, esto sí lo contaba siempre, sabe, eran sus recuerdos preferidos, sobre todo en los últimos años, cuando hablaba de la Pasionaria la llamaba la Dolores, o la Ibarruri, como si fuese una persona íntima, me parece estar viéndole en el sofá, se pasaba las tardes en el sofá con una mantita, estaba demacrado, las mejillas hundidas, la sombra de mi Rodolfo... y él se quedaba escuchándole con los ojos atentos, cómo le gustaban las historias de su padre, luego cantábamos juntos canciones españolas que Rodolfo sabía, también Piticche las había aprendido en seguida, por ejemplo Gandesa, «Si me quieres escribir ya sabes mi paradero, en el frente de Gandesa primera línea de fuego...», no, no era comunista, era socialista libertario, contaba que había

sido amigo de la Pasionaria, que había combatido a su lado, que era una mujer excepcional, luego una vez habían tenido una pelea furibunda, ella le había dicho algunas palabras fuertes y él le había contestado que un día lloraría amargamente sobre los errores cometidos, hablaba de ella con mucha pena, decía que se había vendido a los rusos, que había cometido atrocidades con los compañeros, era un soñador mi Rodolfo, eso es lo que le había enseñado a nuestro hijo. Y además amaba la cultura, los libros, cuántos llegó a leer en su vida, una especie de adoración, decía que en cada libro siempre hay un hombre y que quemar un libro es como quemar a una persona, él fue quien le enseñó el placer de leer... y también a escribir. Se escribían cartas, jugaban a un juego, era un juego precioso, es decir, creo que era una cosa muy poética, leían libros y después se escribían cartas como si cada uno de ellos fuese un personaje de los libros que habían leído, personajes inventados o personajes históricos, fue el último año de vida de Rodolfo, se escribieron docenas de cartas, el que recibía una carta la leía por la noche en la cena, para mí fueron tiempos muy hermosos, discúlpeme si lloro, Rodolfo recibió muchas cartas de Livingstone, a Piticche le gustaba muchísimo ser Livingstone, y luego de Huckleberry Finn, de Kim, de Gavroche, de Pasteur, estaban escritas con mucha madurez, todavía las debo tener en algún sitio, uno de estos días me entretendré en buscarlas, y sin embargo él tenía sólo quince años, un niño. Rodolfo murió en diciembre del sesenta y uno, ya sé que ya lo he dicho, pasó los últimos días muy agitados, pero no por la enfermedad, estaba angustiado por lo que estaba sucediendo en el mundo, o sea en Rusia, no puedo decírselo exactamente, sé que Krushev había revelado las atrocidades cometidas por sus predecesores, y él se atormentaba, ya no dormía, ni los somníferos le hacían efecto, luego un día llegó una carta para él, el remite decía: La Pasionaria, Moscú. Y dentro estaba escrito: Dolors Ibarruri llorea llàgrimes amargas.

Bueno, así era mi hijo. ¿Qué le han hecho? He visto su foto en los periódicos, le han acibillado, y yo no he podido ni siquiera verle, han escrito que ha hecho cosas... no tengo valor para decirlo...atroces. ¿Han dicho atroces? Bueno, usted ha podido escuchar otra historia, la historia de una persona a la que usted no conoce, yo le he hablado de mi Piticche, le agradecería que no mencionase este nombre en su periódico, discúlpeme si lloro, no quería llorar, pero las lágrimas corren solas por mis mejillas, ¿hago bien en llorar?, tiene razón, hago bien en llorar.

ANTONIO TABUCCHI, DE *EL JUEGO DEL REVÉS*, 1981